Enfermas fantasías 08/02/2013

Liuba Kogan

Jefa del departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Pocas enfermedades despiertan en las sociedades contemporáneas tantas fantasías, temores y metáforas como el cáncer. Usamos al cáncer para referirnos a todo aquello que nos parece terriblemente destructivo, catastrófico e incomprensible, a pesar de que conocemos con bastante precisión las causas de la aparición de la enfermedad – el aumento de la esperanza de vida de la población, al sedentarismo y malos hábitos de alimentación, entre otros–, las formas de prevenirla, detectarla y los éxitos de su tratamiento temprano.

Así, el cáncer ya no solo es una enfermedad: es una excusa para hablar de cualquier cosa que nos horroriza. Recordemos a Mario Vargas Llosa cuando en vísperas de las elecciones presidenciales pasadas declaró que si los votos se tenían que definir entre Ollanta Humala y Keiko Fujimori, sería como elegir entre el cáncer terminal y el sida. Mencionemos también la teoría conspirativa de Hugo Chávez respecto a que Estados Unidos “enfermó de cáncer” a varios de los presidentes latinoamericanos. El cáncer nos sirve para hablar de todo lo que nos aterra, no solo de la política, aunque muy bien le calza a ella.

Susan Sontag, destacada ensayista estadounidense, quien murió a los 71 años víctima de cáncer, escribió un famoso libro titulado “La enfermedad y sus metáforas”, en el que narra aquellas incómodas imágenes que se asociaron con el cáncer, la tuberculosis y el sida; tres dolencias que en su tiempo desataron fantasías asociadas a la muerte. En el caso de Sontag, sorprende no solo su erudición en torno a la historia de las enfermedades, sino sobre todo la valentía que mostró al desmantelar los temores contemporáneos a partir de su propia experiencia de la enfermedad y de la certeza del morir.

¿Serán estas imágenes las que, al parecer, nos hacen muy difícil convivir con la idea de la muerte y con la evidencia de la enfermedad y la vejez? Aunque sea un hecho que la gente esté viviendo más y envejeciendo más saludablemente que nunca antes en la historia, incluso el envejecimiento es condenado, descartado de la escena pública y asociado ineludiblemente con la enfermedad y la muerte. Lo que nos aterra, pues, no es la muerte, el envejecimiento o la enfermedad, sino las fantasías asociadas a ellas. Manifestadas en, por ejemplo, el temor de ser un muerto en vida, un ser solitario u olvidado, en tanto algunas enfermedades como el cáncer se nos presentan como obscenas, de mal augurio o repugnantes. Peor aún si “atacan” a los órganos sexuales o excretores: el colon, la vejiga, el recto, los senos o los testículos.

Si las fantasías negativas sobre el cáncer persisten a pesar de los avances en su prevención y cura, ¿será que seguimos horrorizados como sociedad ante lo que imaginamos desconocido, misterioso e incontrolable? ¿Será la modernidad lo que nos tiene tan asustados?